

La costumbre de depositar alimentos sobre ó en la tumba, es tan general, que seria fatigoso consignar aquí todos los ejemplos que conozco. Bastará referir algunos. Se puede citar de África á los Cherbros, que, segun nos dice Schsen, «tienen la costumbre de llevar arroz y otros comestibles á las tumbas de sus amigos muertos;» los Loangos, que, al decir de Prayant, depositan los alimentos sobre la tumba; los negros del interior, que, segun Allen, ponen manjares y vinos sobre los sepulcros; y por último, los sanguinarios Dahomeyanos, que, segun Burton, colocan sobre él un *asen* de hierro en que vierten «agua ó sangre como bebida para el muerto.»

En Asia hallamos el mismo uso en las razas montaÑesas de la India. En Bhils cuecen arroz y dejan un poco en el lugar en que el cuerpo ha sido enterado, y el resto «en el umbral de su última morada como provision para su espíritu;» por último, análogas costumbres se observan entre los Santals, los Kukis y los Karens.

En América, entre las razas salvajes se puede citar á los Caribes, que colocan el cadáver «en una caverna ó sepulcro,» con agua y comestibles. Pero en las razas civilizadas, hoy desaparecidas, es donde esta costumbre se ha perfeccionado más. Los Chibchas, que encerraban á los muertos en cavernas artificiales, los envolvian en bellos mantos y ponian á su alrededor tortas de maíz y *mucuras* de chicha (especie de bebida); finalmente, los Peruanos, nos dice Tschudi, «tenian la costumbre de poner en frente de los cadáveres dos filas de ollas llenas de guiana, de maíz, de patatas, de carne de lama desecada, etc., y encima de las mismas, ollas más pequeñas. A ambos lados estaban colocados en semicírculo vasos de cocina... y ollas llenas de agua y de *chicha*, y encima vasos para beber.»

La misma costumbre existe aun en los países en que la cremacion está en boga. Butler nos dice que entre los Kukis, la viuda deposita «arroz y legumbres sobre las cenizas de su marido.» Los antiguos indígenas de la América central tienen una costumbre análoga. «Cuando vamos á quemar un cadáver, decia un indio cuyas palabras refiere Oviedo, ponemos un poco de maíz hervido en una calabaza que atamos al cadáver y que quemamos al mismo tiempo.» Indudablemente, nos vemos obligados á suponer que en los pueblos que tienen la costumbre de destruir los cuerpos por el fuego, no existe ya la idea de que el muerto recobra la vida en su forma primitiva; mas puesto que persiste la costumbre de suministrar alimentos á los muertos, se tiene en ella la prueba de que en cierta época estos pueblos concebian la vuelta á la vida en un sentido literal. No podemos dudarle cuando vemos que los Kukis, entre quienes unos

entierran sus muertos mientras que otros los queman, les llevan unos y otros comestibles.

¿Cuál es el lapso de tiempo máximo para que vuelva el otro yo? Pasadas algunas horas, individuos afectados de insensibilidad se han reanimado; ¿los muertos se reanimarán al cabo de semanas y de meses y necesitarán entonces de alimentos? El hombre primitivo no podría decirlo. La contestacion que él se daba se presta por lo ménos á la duda; así es que toma la resolucion más prudente, y renueva sus ofrendas de alimentos.

Esto es lo que hacen los indígenas de la India. Entre los Bodos y los Dhimals, el alimento y la bebida depositados sobre la tumba, son renovados al cabo de algunos días y se dirige la palabra al muerto. Los Kukis «depositan el cuerpo sobre un estrado, bajo techado, y se le llevan diariamente y se ponen delante de él» alimentos y bebidas. Estas razas de América llevan esta costumbre mucho más lejos. «Cada vez, nos dice Hall, que los Innuits pasan cerca de la tumba de un pariente, la visitan y le llevan los mejores alimentos que tienen,» como un presente. Los Dacotahs, dice Schoolcraft, «visitan durante un año el lugar en que el muerto está depositado, y le llevan alimentos y celebran un festin en obsequio del muerto, á fin de alimentar su espíritu. Pero en ésta como en otras materias, las razas civilizadas, ya extinguidas, de América, han ido más lejos. Metolinia refiere que los Mejicanos, despues del entierro del muerto, vuelven á la tumba veinte días y depositan en ella alimentos y rosas; vuelven aun pasados ochenta días y así sucesivamente de ochenta en ochenta. «Cieza nos dice que los Peruanos de los valles de la costa tenian en otro tiempo la costumbre de abrir las tumbas y de renovar los vestidos y los alimentos que en ellas se habian puesto.» Más tarde se continuó esta costumbre respecto de los cadáveres embalsamados de los Incas.

Les llevaban provisiones diciéndoles: «Cuando viviais, teniais la costumbre de beber y de comer de esto; recibalo vuestra alma y aliméntese donde quiera que esteis.» Puede ponerse este pasaje de Molina al lado del de Pizarro, que nos dice que se sacaban los cuerpos todos los días y que se les colocaba en una calle, puestos en fila segun su antigüedad. Cuando los servidores se regalaban ponian los alimentos del muerto al fuego, y delante de ellos su vaso de *chicha*; muertos y vivos se comunicaban unos á otros en este género de singular banquete.

Vemos en este ejemplo que la primitiva práctica de dejar alimentos cerca del cadáver y de renovar las ofrendas, en la duda de saber cuanto tiempo pue-

de tardar el despegar, se desarrolló de modo que produjo un sistema de ritualidades muy diferentes de los usos primitivos.

Además de éstas, pueden citarse otras consecuencias de la creencia en la reanimación. ¿Si el cuerpo está todavía vivo, de cualquier manera que sea, así como el hombre que sufre un ataque de catalepsia, no ha de respirar, no tiene necesidad de calor? A estas cuestiones han contestado diversas razas afirmativamente.

De los Guaranis, escribe Southey que «creen que la alma no se separa del cuerpo en la tumba, por cuya razón cuidan mucho del sitio donde lo depositan...» quitando al efecto «una parte de la tierra que ha de cubrirlo, al objeto de que no pese demasiado sobre el cuerpo...» y algunas veces lo cubren con un vaso cóncavo para que la alma no se ahogue. Los Esquimales creen que un peso cualquiera que descansara sobre un cadáver «lo dañaría.» Y por último, Arriaga cuenta que los antiguos Peruanos, después de la conquista, tenían la costumbre de desenterrar los muertos sepultados en las iglesias porque, decían, los cuerpos, cuando son comprimidos por el suelo, están con poca comodidad, y por tanto, preferían dejarlos en pleno aire.

El fuego sirve á veces para dar calor y cocer las sustancias alimenticias. Veamos, pues, cómo en ciertos casos, se proporcionaban á los difuntos estos beneficios. Cuenta Morgan, que los Iroqueses «hacían fuego sobre las tumbas de los muertos durante la noche, á fin de permitir al espíritu la preparación de sus alimentos.» En el Brasil, según Burton, «existe la costumbre de encender fuego al lado de las tumbas recientes... para bien del difunto.» Schæn dice que «los Cherbros (negros de la Costa de Oro), encienden fuego á menudo durante las noches frías y húmedas, sobre las tumbas de sus amigos difuntos. Los Australianos occidentales encienden también fuego y lo mantienen durante algunos días en las proximidades de las tumbas, y si el muerto era personaje importante, se conservaba encendido todos los días por espacio de tres ó cuatro años.

La resurrección, tal como se concebía al principio, no puede verificarse á no ser que no quede un cuerpo para resucitar. Con todo, aunque se encuentre en el hombre primitivo la creencia de la vuelta del otro yo asociado á los usos fúnebres, de suerte que su manera de tratar los cadáveres haga imposible su vuelta á la vida, la esperanza de la resurrección va acompañada naturalmente de la idea de que es necesario preservar los cuerpos de toda injuria. De ahí que

las diversas observaciones destinadas á asegurar el bienestar de los cuerpos inertes, mientras que su duplicado hállese ausente, y el de los cuerpos resucitados cuando el duplicado ha regresado, se encuentran todas asociadas á otras cuya tendencia es impedir la destrucción de los cuerpos.

Obsérvense estos diversos hechos que atestiguan la creencia de que si los cuerpos se destruyen no puede efectuarse la vuelta á la vida, es decir, que el individuo queda reducido á la nada. Bruce nos cuenta que los Abisinios raras veces concedían sepultura á los criminales; Simon nos enseña que los Chibchas dejaban también los cuerpos de los criminales famosos sin sepultar, en medio del campo; en fin, podemos recordar los cuidados que se toman ordinariamente entre nosotros con los cuerpos, llevados de la idea explícita de que resucitarán. De estos usos se puede deducir la creencia de que la vuelta á la vida es imposible cuando los cuerpos están destruidos. En otra parte hallaremos la demostración. Los naturales de Nueva Zelanda pretenden que un hombre que haya sido comido por ellos, está completamente destruido. Según Chapman, los Damaras creen que si los muertos son enterrados, «no pueden morar en la tumba...» Es preciso, dicen, arrojarlos y dejarlos devorar por los lobos; y de esta suerte no vienen á atormentarnos.» Y cuenta Bastian que las negras matiambas creen que arrojando los cuerpos de sus maridos al agua, ahogan sus almas, que de lo contrario vendrían á atormentarlas. A semejante creencia se debe indudablemente que los Kamtschadales abandonen los cadáveres «para pasto de sus perros.»

Cuando, sin embargo, el objeto que se proponen no es la reducción del muerto á la nada, sino por el contrario garantizarle su bienestar, procuran eficazmente resguardarlo del menor daño. Este cuidado indica los medios que los distinguen, según los conceptos que se han formado de la existencia del muerto.

En algunos casos procurase garantir la seguridad manteniendo secreto el lugar donde se halla la sepultura, y en otros casos haciéndolo inaccesible. Los Chibchas plantaban árboles sobre algunos sepulcros al objeto de ocultarlos. Algun tiempo después los sacerdotes «depositaban secretamente los restos de los jefes neo-zelandeses en sepulcros situados á lo alto de las colinas, en los bosques ó en las cavernas.» Los Murutos de Borneo colocan los huesos de sus jefes en cofres y en los picos de las más elevadas montañas, según nos dice Saint-John. Y Ellis nos demuestra que los Tahitianos, al objeto de evitar el hurto de los osarios, trasladábanlos á las cúspides de las montañas más inaccesibles. En el país de los Cafres se tiran los cuerpos de personas vulgares para que sean de-

vorados por los lobos, pero conceden sepultura á los distinguidos en su criadero de animales, y Livingstone nos dice que se entierran los jefes bechuanas «en su parque de animales, colocando todo el ganado por espacio de una ó dos horas alrededor y encima de la tumba, hasta cubrirla casi enteramente. Más singular es todavía la precaucion que tomaban respecto al jefe Bogota. Cuando se temia por la vida del cacique, los criados particulares preparaban su última morada en un lugar muy seguro, guardando la más absoluta reserva en su cometido. Desviaban, dice Simon, el curso de un rio, y en su lecho cavaban la fosa, y tan luego como habian enterrado el cacique, daban al rio su primitivo curso.

Si bien en ciertos casos se desea ocultar á los enemigos, animales ú hombres, los cadáveres, y cuanto á ellos va anexo, en otros existe la tendencia á protegerlos contra cualquier mal que pueda amenazarlos.

Hemos hecho observar ya los medios de que se hace uso algunas veces para no impedir la respiracion, bajo la idea de que continua teniendo lugar, lo que probablemente, y en espera de un fin análogo, ha dado nacimiento entre diversas razas á la costumbre empleada de elevar los cuerpos á cierta altura debajo del suelo. Pueblos de Polinesia hay que colocan los cuerpos sobre un estrado. En Australia y en las islas Andaman se pone algunas veces el cadáver sobre un catafalco. Los Zulús los queman unas veces, otros los entierran, los exponen al público otras; usos semejantes se encuentran en las prácticas de los Dayaks y los Kayans. Pero en América es donde los naturales, como hemos visto, prescinden por otros sistemas del deseo de poner los cadáveres á salvo de toda compresion, entre cuyos usos se emplea más comunmente el de exponerlos sobre plataformas. Nos dice Burton que los Dacotahs adoptan este método. Morgan cuenta que tal era tambien en otro tiempo la costumbre de los Iroqueses. Catlin dice que los Mandans tienen estrados sobre los cuales «los muertos viven, como ellos dicen,» y observa que por este medio los colocan al abrigo de los lobos y perros; en fin, Schoolcraft afirma lo mismo de los Chippeues. En las tribus de la América del Sud se inquiere el mismo resultado, y á este fin utilizan las grietas de los peñascos y cavernas como lugar seguro para sepultura. Esto es lo que hacian los Caribes. Humboldt nos dice que los Indios de la Guyana solo entierran los muertos cuando no hallan cavidades en sus rocas. Los Chibchas entierran los suyos en ciertas grutas ó cavernas construidas á este efecto. En fin, las diversas suertes de tratar el cadáver adoptadas por los antiguos Peruanos, aseguran los dos fines, esto es, la proteccion y la supresion de todos los inconvenientes que se temieran para los cuerpos. Cuan-

do no tenian grutas naturales en las peñas, hacian artificialmente de grandes y espaciosas escavaciones que cerraban por medio de puertas; ó bien guardaban los cadáveres embalsamados en los templos.

Dejando el Nuevo Mundo, donde la idea primitiva de la muerte como una vida por largo tiempo suspendida parece haberse extendido por doquier de la manera más especial: encontramos que ya no se cree tanto que los muertos sean sensibles á la presion y carencia de aire; limitándose á reconocer la necesidad de resguardar á los cadáveres de la destruccion animal y del mal que pueden ocasionarles los hombres ó los demonios. Tal es el motivo que tienen unas veces aparentemente, y en realidad otras, para cubrir los cadáveres. En ciertos casos la tierra no es suficiente al objeto que se proponen, y véñese obligados á echar mano de otro sistema de proteccion. Park dice que los Mandingas «depositan sobre las tumbas zarzales espinosos para impedir que los lobos, desentierren los cadáveres.» Los Yolofs, tribu de la Costa de Oro, han recurrido á idéntico artificio. En otros casos se les cubre de piedras. Los Árabes alejan las bestias feroces de esta manera, y repetidísimas veces encontramos que las piedras y la tierra ó las piedras solas son evidentemente del mejor y más seguro efecto. Crantz nos cuenta que los Esquimales protejen el cadáver con piedras de enorme peso. Los Bodos y los Dhimals amontonan las piedras sobre la tumba para impedir que los chacaes puedan escarvarla, etc. En el país de los Damaras la tumba de un jefe está formada por un gran monton de piedras rodeado de espinosas malezas.

Veamos ahora una consecuencia que se deduce de este hábito. Los parientes del muerto, por real ó supuesto afecto, y otros por creer en lo que pueda hacer cuando vuelva, se unen para aumentar la masa que lo protege. Park nos cuenta que junto las tumbas de los negros del interior hállanse grandes montones de piedras dispuestas para que cuando vayan allí los parientes del muerto no cesen de añadir piedras al monton que cobija la tumba. En fin, Urrutia nos enseña que en ciertos pueblos de la América Central existe aun la costumbre de arrojar un puñado de tierra ó una piedra sobre la tumba de los muertos de alguna importancia como tributo rendido á la memoria del mismo. Más importante es todavía el amor, respeto y creencia que se lleva al muerto. Algunas veces el crecimiento del monton formado para proteger el cadáver, es debido al poder y á la riqueza del difunto. Así Ximenes nos enseña que los naturales de la América Central elevan los terraplenes que forman la tumba dándoles una altura relativa á la categoría del fallecido. Cieza nos dice que los Chibchas acumulan tales masas de tierra para construir sus